

ARNALDUR INDRIDASON

SERIE ERLENDUR SVEINSSON

El hombre del lago

SERIE NEGRA RBA

ARNALDUR INDRIDASON

SERIE ERLENDUR SVEINSSON

El hombre del lago

SERIE NEGRA RBA

Título original islandés: *Kleifarvatn*

© Arnaldur Indriðason, 2004.

Publicado de acuerdo con Forlagid, www.forlagid.is

© traducción de Enrique Bernáñez Sanchis, 2010.

© de esta edición digital: RBA Libros y Publicaciones,
S.L.U., 2013.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

OEBO243

ISBN: 978-84-9006-637-9

Composición digital: Víctor Igual, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

[Nota sobre los nombres propios islandeses](#)

[Dedicatoria](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

NOTA SOBRE LOS NOMBRES PROPIOS ISLANDESES

Los islandeses siempre se tratan por el nombre de pila, puesto que la mayoría de ellos tienen un patronímico que termina en -son en el caso de los hijos, y en -dóttir en el caso de las hijas. Los nombres de las personas no se ordenan por el apellido, sino por el nombre, incluso en la guía telefónica. Aunque pueda parecer extraño, los policías, a pesar de las jerarquías, se llaman por el nombre de pila, y también entre policías y criminales.

El nombre completo de Erlendur es Erlendur Sveinsson, y el de su hija, Eva Lind Erlendsdóttir. Los matronímicos son menos frecuentes, aunque también se usan, cada vez más. En tal caso, una niña llamada Audur, cuya madre se llama Kolbrún, sería Audur Kolbrúnardóttir (la hija de Kolbrún).

Sin embargo, algunas familias tienen apellidos tradicionales que pueden ser nombre de lugar, adaptaciones de nombres islandeses al estilo danés o derivados directamente del danés como resultado del gobierno colonial que duró hasta principios del siglo xx. Briem es uno de esos apellidos y por ello no revela el género de su propietario. En el caso de Marion Briem, el ambiguo nombre de pila hace incrementar la intriga.

Por otra parte, los nombres islandeses son, en su gran mayoría, significativos, y los autores juegan frecuentemente con sus significados. Por ejemplo, Erlendur quiere decir «forastero».

«Duerme, pues yo te amo.»

De un poema tradicional

Estuvo largo tiempo inmóvil, sin poder apartar sus ojos de los huesos, como si no pudieran estar allí. Ni ella tampoco.

Pensó que serían de alguna oveja que se había ahogado, pero al aproximarse más vio la calavera medio enterrada en el fondo del lago y comprendió que se trataba del esqueleto de un ser humano. Las costillas sobresalían de la arena, y más abajo podían distinguirse las siluetas de los huesos de las piernas. El esqueleto estaba tumbado sobre el costado izquierdo, y la mujer veía el lado derecho del cráneo, las vacías cuencas de los ojos y tres dientes en la mandíbula superior. Uno de ellos tenía un gran empaste de plata. En la cavidad del cráneo había un gran agujero, y la mujer pensó, maquinalmente, que podía deberse al golpe de un martillo. Se inclinó y miró fijamente la calavera. Vacilante, introdujo un dedo en el agujero. Estaba lleno de arena.

No sabía por qué había pensado en un martillo, y se le pusieron los pelos de punta ante la simple idea de imaginar que a alguien le golpearan en la cabeza con un martillo. Además, el agujero era un poco más grande que el que produciría un martillo. Tenía el tamaño de una caja de cerillas. Decidió no tocar más el esqueleto. Sacó su móvil y marcó el número de tres cifras.

No sabía qué tenía que decirles. Todo aquello resultaba muy irreal. Un esqueleto tan adentro del lago, enterrado en el fondo arenoso. Y ella tampoco estaba en su mejor forma. Enseguida se había puesto a pensar en martillos y cajas de cerillas. Le resultaba difícil concentrarse. Sus

pensamientos se dispersaban aquí y allí y apenas conseguía encauzarlos.

Probablemente se debía a la resaca. Su intención había sido quedarse todo el día en casa, pero luego cambió de opinión, cogió el coche y se acercó hasta el lago. Pensó que su obligación era comprobar los instrumentos de medición. Era científica. Siempre había querido ser científica y sabía que siempre había que comprobar muy bien las medidas y los instrumentos. Pero tenía una resaca espantosa y su mente distaba mucho de la lucidez. La celebración anual de la Compañía de Distribución de la Energía había sido la noche anterior y, como ocurría de vez en cuando, había bebido demasiado.

Pensó en el hombre que estaba en su casa, acostado en su cama. Sabía que era por su culpa que se había marchado a pasear al lago. No había querido despertarse a su lado y confiaba en que ya se habría ido cuando ella regresara a su casa. La había acompañado después de la fiesta, y la noche no fue demasiado emocionante. Lo mismo que con los otros a los que había conocido desde su divorcio. Apenas habló de otra cosa que no fuera su colección de discos, y seguía con el mismo tema mucho después de que ella hubiera dejado de mostrar el menor interés. Luego se quedó dormida en el sillón del salón. Cuando despertó, vio que él estaba acostado en su cama, durmiendo con la boca abierta, vestido sólo con unos calzoncillos ridículos y unos calcetines negros.

—Emergencias —dijo una voz al móvil.

—Sí, quería informar del hallazgo de un esqueleto —dijo la mujer—. Hay una calavera con un agujero.

Carraspeó. ¡Demonios de resaca! ¿Quién dice una cosa así? Una calavera con un agujero. Recordó una frase que

había sobre una moneda de diez céntimos con un agujero.
¿O era una de dos coronas?

—¿Cómo te llamas? —dijo la voz indiferente de la línea de Emergencias.

Fue capaz de ordenar un poco su mente y dijo su nombre.

—¿Y dónde estás?

—En el lago Kleifarvatn. En la parte norte.

—¿Lo sacaste en una red?

—No. Está enterrado en el fondo del lago.

—¿Estabas buceando?

—No. Sobresale directamente del fondo. Las costillas y el cráneo.

—¿Y está en el fondo?

—Sí.

—¿Y cómo puedes verlo, entonces?

—Porque estoy aquí, mirándolo.

—¿Lo has llevado a tierra?

—No, no lo he tocado —mintió sin querer.

Se produjo un silencio en el teléfono.

—¡No vengas con gilipolleces! —dijo la voz, que había acabado por enfadarse—. ¿Es una broma? ¿Sabes lo que te puede costar una llamada graciosa como ésta?

—No se trata de ninguna broma. Estoy aquí viendo el esqueleto.

—¿Qué pasa, que puedes caminar sobre el lago?

—El lago ha desaparecido. Ya no hay agua. Sólo está el fondo. Es ahí donde se encuentra el esqueleto.

—¿Qué quiere decir que el agua ha desaparecido?

—El agua no ha desaparecido por completo, pero en el lugar donde estoy en este momento ya no hay agua. Soy ingeniera hidráulica de la Compañía de Distribución de la Energía. Estaba comprobando el nivel del agua cuando me

encontré el esqueleto. Tiene un agujero en la caja craneal y está prácticamente enterrado en el fondo arenoso. Al principio pensé que se trataba de una oveja.

—¿Una oveja?

—El otro día encontramos una que se ahogó en el lago hace mucho tiempo. Cuando el lago era mucho más grande.

Se produjo un silencio en el teléfono.

—Espera y no te muevas de ahí —dijo la voz sin mucho interés—. Envío un coche.

Se quedó inmóvil al lado del esqueleto durante un rato, y luego se acercó al borde del agua y midió la distancia. Estaba segura de que el esqueleto no había salido a la luz todavía cuando estuvo allí tomando medidas, en aquel mismo lugar, dos semanas atrás. Lo habría visto. La superficie del agua había descendido aproximadamente un metro en ese espacio de tiempo.

Era un misterio que estaban intentando resolver desde que unos ingenieros de la Compañía de Distribución de la Energía se dieron cuenta por primera vez de que el nivel del lago Kleifarvatn estaba descendiendo rápidamente. El año 1964, la compañía instaló un aparato automático que medía la altura del agua, y una de las tareas de los hidrólogos consistía en vigilar las mediciones. En el verano de 2000 pensaron que el medidor se había estropeado. Cada día parecía perderse una cantidad increíble de agua, el doble de la habitual.

Volvió a donde estaba el esqueleto. Se moría de ganas de observarlo mejor, excavar a su alrededor y quitarle la arena. Pero pensó que, probablemente, a la policía eso no le gustaría demasiado. Estuvo pensando si sería hombre o mujer, y recordó haber leído en alguna ocasión, probablemente en alguna novela policíaca, que casi no existían diferencias entre los esqueletos de uno y otro sexo;

sólo la pelvis era distinta. Luego recordó que alguien le había dicho que no había que hacer mucho caso de lo que se contaba en las novelas negras. No podía ver la pelvis, que estaba enterrada en la arena, y pensó que, seguramente, ni siquiera habría sido capaz de apreciar la diferencia.

El malestar de la resaca iba en aumento, y se sentó al lado de los huesos. Era domingo por la mañana y algunos coches pasaban cerca del lago. Imaginaba que serían familias que iban de excursión por el sur, hacia Herdísarvík o Selvogur. Era un recorrido muy popular y muy bonito, entre campos de lava y pequeñas colinas, que pasaba junto al lago y culminaba a la orilla del mar. Pensó en las familias que iban en los coches. Su marido la dejó al saber que no podrían tener hijos. Él se volvió a casar poco tiempo después y ahora tenía dos niños preciosos. Había encontrado la felicidad.

Ella lo único que había encontrado era un hombre al que apenas conocía, que en aquel momento estaba acostado en su cama con los calcetines puestos. Según iba cumpliendo años, se le iba haciendo cada vez más difícil encontrar hombres decentes. La mayoría estaban divorciados como ella o, lo que era todavía peor, nunca habían tenido una relación estable.

Miró con pena el esqueleto semienterrado en la arena, y estuvo casi a punto de echarse a llorar.

Más o menos una hora más tarde llegó un coche de la policía que habían enviado desde Hafnarfjörður. No tenía ninguna prisa, recorría con tranquilidad la carretera que bordeaba el lago. Era el mes de mayo, el sol estaba ya bastante alto y se reflejaba en la lisa superficie del agua. La mujer seguía sentada en la arena, observando la carretera,

e hizo señales al coche, que se detuvo en el arcén. Salieron dos policías que la miraron y echaron a andar.

Estuvieron un buen rato silenciosos delante del esqueleto hasta que uno de ellos le dio un golpecito a una de las costillas.

—¿Estaría pescando? —dijo a su colega.

—¿En barca? —preguntó el otro.

—O llegó hasta aquí a pie, vadeando.

—Tiene un agujero —explicó la mujer, mirando a uno y luego al otro—. En el cráneo.

Uno de ellos se inclinó.

—Vaya —dijo.

—Pudo haber caído de la barca y romperse la cabeza —comentó su colega.

—Está lleno de arena —afirmó el que había hablado primero.

—¿No deberíamos llamar a la Científica? —dijo el otro, pensativo.

—¿No están casi todos en América? —preguntó su compañero, mirando hacia el cielo—. En un congreso de criminología, creo.

El otro policía asintió. Luego estuvieron en silencio un buen rato hasta que uno de los policías se volvió hacia la mujer.

—¿Dónde ha ido el agua? —preguntó.

—Existen varias teorías —respondió ella—. ¿Qué pensáis hacer? ¿Puedo irme a mi casa?

Los policías se miraron, anotaron el nombre de la mujer y le dieron las gracias sin pedir disculpas por la espera. A ella le daba igual. No tenía ninguna prisa. Hacía un día precioso en el lago, y habría disfrutado aún más, incluso con el resacón que tenía, de no haberse encontrado el esqueleto. Pensó si el hombre de los calcetines negros se

habría ido ya a su casa, confiando en que, efectivamente, así fuera. Pensaba alquilar una película y pasarse la tarde delante del televisor, bien tapada con una manta.

A lo mejor alquilaba una buena película policíaca.

Los policías informaron a su jefe en Hafnarfjörður sobre el esqueleto hallado en el lago, y necesitaron cierto tiempo para explicarle cómo era posible estar al mismo tiempo en medio del lago y con los pies en seco.

El jefe llamó al comisario de guardia en la jefatura nacional de policía, le habló del hallazgo del esqueleto y preguntó si la policía nacional preferiría hacerse cargo directamente del caso.

—Esto es algo para auténticos profesionales —dijo el comisario de guardia—. Creo que tengo el hombre adecuado.

—¿Quién?

—Le hemos obligado a que se cogiera unos días de vacaciones; lleva cinco años sin disfrutarlas, creo, pero sé que se alegrará de tener algo que hacer. Le interesan mucho las desapariciones. Se divierte con todo este rollo.

El comisario de guardia se despidió de su colega de Hafnarfjörður, volvió a coger el teléfono y pidió que buscaran a Erlendur Sveinsson y lo mandaran a Kleifarvatn con un grupito de investigación.

Erlendur estaba sumergido en las páginas de un libro cuando sonó el teléfono. Intentaba evitar el brillo del sol de mayo, como tenía por costumbre. Colgaba una espesa cortina ante la ventana del salón y tenía cerrada la puerta de la cocina, cubierta sólo con unos ligeros visillos. Así, conseguía suficiente oscuridad para tener que encender la lámpara de pie que había al lado del sillón.

Erlendur conocía bien aquel relato. Ya lo había leído bastantes veces. Trataba del viaje de unos hombres

durante el otoño de 1868, desde Skaftártunga, por el camino de montaña de Fjallabak hasta el norte del Mýrdalsjökull. Tenían intención de llegar a Gardar, en el sureste del país, para embarcarse. Iba con ellos un muchacho de diecisiete años, llamado David. Los hombres eran viajeros avezados y conocían bien el camino, pero al poco de iniciar el recorrido se desató un temporal terrible y no pudieron llegar a ninguna zona habitada. Se puso en marcha una intensa operación de búsqueda pero no se encontró ni el más mínimo rastro de ellos. Tuvieron que pasar diez años para que sus esqueletos fueran encontrados de forma casual al lado de una gran duna de arena, al sur de Kaldaklof. Se habían tapado con las mantas y yacían todos muy juntos.

Erlendur levantó los ojos en la oscuridad y vio ante él al muchachito del grupo, nervioso y angustiado. Parecía saber lo que iba a suceder antes de ponerse en camino; en la comarca, causó extrañeza que repartiera sus juguetes entre sus hermanos y hermanas, diciéndoles que no volvería nunca más por allí.

Erlendur dejó el libro, se puso en pie, totalmente entumecido, y respondió al teléfono. Era Elínborg.

—¿Piensas asistir? —le espetó.

—¿Tengo otra opción? —respondió Erlendur.

Elínborg había estado trabajando durante varios años en un libro de cocina que por fin iba a publicarse.

—Dios mío, qué nerviosa estoy. ¿Cómo crees que lo recibirán?

—Yo casi ni me aclaro aún con el microondas —dijo Erlendur—. Así que quizá yo...

—Al editor le gustó mucho —dijo Elínborg—. Y las fotos de los platos son estupendas. Se las encargaron a un

especialista. Y luego hay un capítulo sobre comidas navideñas...

—Elínborg.

—Sí.

—¿Llamabas por algo en especial?

—Un esqueleto en Kleifarvatn —dijo Elínborg, bajando la voz al no hablar ya del libro de cocina—. Tengo que ir a recogerte. El lago ha bajado de nivel o algo así y esta mañana encontraron allí un esqueleto. Quieren que le eches un vistazo.

—¿Que el lago ha bajado de nivel?

—Sí, no lo entendí bien.

Sigurður Óli estaba al lado del esqueleto cuando Erlendur y Elínborg llegaron al lago. Estaban a la espera de que llegase la Científica desde la central de policía. Los agentes de Hafnarfjörður estaban atareados intentando colocar una cinta amarilla de plástico para delimitar el escenario, pero se encontraron con el problema de que no tenían dónde sujetarla. Sigurður Óli observaba sus denodados esfuerzos mientras intentaba recordar algún chiste sobre lo tontos que son los de Hafnarfjörður, pero sin éxito.

—¿No estabas de vacaciones? —preguntó a Erlendur al verlo venir hacia él por la arena.

—Sí, claro —respondió Erlendur—. Y tú, ¿qué me cuentas?

—*Same old* —dijo Sigurður Óli. Levantó la vista hacia la carretera, donde acababa de aparcar, en el arcén, un vehículo todoterreno de considerable tamaño, de alguna agencia de noticias—. Le dijeron que podía irse a casa —añadió, señalando con la cabeza a los agentes de Hafnarfjörður—. A la mujer que encontró el esqueleto.

Estaba midiendo no sé qué por aquí. Podemos hablar con ella después, si queremos saber por qué ha desaparecido el agua. Si todo fuera como es debido, ahora estaríamos más que ahogados.

—¿Tienes mejor el hombro?

—Sí. ¿Y cómo anda Eva Lind?

—Aún no se ha dado a la fuga —dijo Erlendur—. Creo que lo lamenta, pero no sé nada más.

Se puso en cuclillas y observó la parte del esqueleto que se hallaba a la vista. Metió el dedo en el agujero del cráneo y acarició una de las costillas.

—A este tío le dieron un buen golpe en la cabeza —dijo, incorporándose.

—No podía ser más obvio —dijo Elínborg en tono irónico—. Si es que se trata de un tío —añadió.

—Parece el resultado de una paliza, ¿no? —dijo Sigurdur Óli—. El agujero está justo detrás de la sien derecha. Quizá no fue preciso nada más que un golpe.

—Quizá no pueda excluirse que estuviera solo en una barca y se cayera por la borda —dijo Erlendur mirando a Elínborg—. Ese tonillo, Elínborg —añadió—, ¿es el de tu libro de cocina?

—Naturalmente, hace mucho que el agua se llevó el fragmento de hueso —dijo Elínborg, sin responderle.

—Tenemos que sacar el esqueleto —dijo Sigurdur Óli—. ¿Cuándo llegan los de la Científica?

Erlendur vio que había más vehículos aparcados en el arcén, e imaginó que la noticia del hallazgo del esqueleto habría circulado ya por los medios de comunicación.

—¿No tienen que montar un toldo? —dijo, mirando hacia la carretera.

—Sí —dijo Sigurdur Óli—. Seguro que traen una tienda.

—¿Quieres decir que tal vez estaba pescando solo en el lago? —intervino Elínborg.

—No, se trata sólo de una posibilidad —dijo Erlendur.

—¿Y si le dieron un golpe?

—Entonces no fue un accidente —dijo Sigurdur Óli.

—No tenemos ni idea de lo que sucedió —repuso Erlendur—. A lo mejor le dieron un golpe. A lo mejor vino al lago con alguien y estuvieron pescando, y de pronto, uno de ellos sacó un martillo. A lo mejor eran sólo dos. A lo mejor eran cinco.

—O también —dijo Sigurdur Óli— le golpearon en la cabeza en cualquier sitio de la ciudad y lo trajeron al lago y lo hundieron aquí.

—¿Y cómo lo hundieron? —preguntó Elínborg—. Es necesario algo para mantener un cadáver en el fondo del lago.

—¿Es un adulto? —preguntó Sigurdur Óli.

—Diles que se mantengan a una distancia prudencial —dijo Erlendur, observando a los periodistas que bajaban como podían desde la carretera al fondo del lago.

Una avioneta se aproximó desde Reikiavik e hizo una pasada a baja altura sobre el lago, y pudieron ver a un hombre con una cámara de vídeo.

Sigurdur Óli se dirigió hacia los periodistas. Erlendur bajó hasta el borde del agua. Las olas rompían suavemente en la arena, y se quedó mirando el sol de la tarde destellar en la superficie del agua, mientras pensaba en qué podía estar sucediendo. ¿Estaba descendiendo el nivel del agua por la acción humana, o era cuestión de la naturaleza? Parecía como si el mismo lago hubiera decidido poner el crimen al descubierto. ¿Ocultaba más delitos en lugares aún más profundos, donde el agua era todavía oscura y tranquila? Levantó la vista hacia la carretera. Unos cuantos

especialistas de la Científica vestidos con monos blancos caminaban apresurados hacia él por la arena. Llevaban una tienda y bolsas llenas de objetos misteriosos. Alzó los ojos al cielo y notó en el rostro el calor del sol.

Quizás era el sol el que secaba el agua.

Lo primero que descubrieron los de la Científica, en cuanto empezaron a quitar la arena del esqueleto con unas pequeñas palas y cepillos de cerdas suaves, fue una cuerda entre las costillas, junto a la columna vertebral, que llegaba debajo del esqueleto, donde desaparecía en la arena.

La hidróloga se llamaba Sunna y acababa de acomodarse en el sofá, bien cubierta con una manta. Había puesto la cinta, una película americana de intriga titulada *El coleccionista de huesos*. El hombre de los calcetines negros se había marchado. Había dejado dos números de teléfono, que Sunna tiró al retrete. La película estaba justo empezando cuando sonó el timbre de la puerta. No hacían más que fastidiarla. Pensó en fingir que no estaba en casa. Si no eran vendedores de móviles serían vendedores de pescado seco, o chicos que recogían botellas con la falsa excusa de que eran para la Cruz Roja. El timbre volvió a sonar. Así que suspiró y se quitó la manta de encima.

Cuando abrió la puerta, se encontró con dos hombres. Uno de ellos tenía aspecto triste, era cargado de hombros y mostraba un extraño gesto de dolor en el rostro; andaría por los cincuenta y pico. El otro era más joven y mucho más apuesto, incluso le pareció guapo.

Erlendur la vio mirar con interés a Sigurdur Óli y no pudo reprimir una sonrisa.

—Es por lo de Kleifarvatn —dijo.

Cuando estuvieron sentados en el salón, Sunna les contó lo que ella y el resto del personal de la Compañía de Distribución de la Energía pensaban que había sucedido.

—El lago no tiene pérdidas en la superficie —dijo Sunna—, sino que el agua se filtra en el fondo, un metro cúbico por segundo los años pasados, lo que mantenía más o menos el equilibrio.

Erlendur y Sigurdur Óli la miraban intentando aparentar gran interés.

—Recordaréis el terremoto en la región de Sudurland, el 17 de junio del año 2000, ¿no? —dijo, y ellos respondieron con un movimiento de la cabeza—. Unos cinco segundos después, un gran seísmo afectó al Kleifarvatn, lo que hizo que se multiplicara por dos la pérdida de agua. Al principio, cuando empezó a disminuir el nivel, se pensó que se trataría de una pérdida de poca importancia, pero luego resultó que corría como una cascada por las grietas que recorren el fondo del Kleifarvatn, y que llevan allí muchos años. Al parecer se abrieron con el seísmo, con las consecuencias que conocemos. El lago tenía diez kilómetros cuadrados y ahora tiene sólo ocho. El nivel del agua ha bajado al menos cuatro metros.

—Y por eso aparecieron los huesos —dijo Erlendur.

—Encontramos los huesos de una oveja cuando el nivel había bajado unos dos metros —dijo Sunna—. Pero, naturalmente, al pobre animal no le habían dado ningún golpe en la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso del golpe en la cabeza? —preguntó Sigurdur Óli.

Sunna le miró. Había intentado disimular al mirarle las manos. Intentaba ver si llevaba anillo de casado.

—Vi el agujero del cráneo —respondió—. ¿Sabéis quién es?

—No —dijo Erlendur—. Para llegar tan adentro del lago, tuvo que utilizar una barca, ¿verdad?

—Si lo que preguntas es si alguien habría podido llegar andando hasta el lugar donde están los huesos, la respuesta es no. Allí había por lo menos una profundidad de cuatro metros hasta hace poco tiempo. Y si eso sucedió hace muchos años, de lo que no tengo ni idea, claro, entonces es bastante probable que la profundidad fuera aún mayor.

—¿De modo que fueron en barca? —dijo Sigurdur Óli—. ¿Hay barcas en el lago?

—Hay algunas casas por aquí cerca —dijo, mirándole a los ojos. Tenía unos ojos muy bonitos, azul oscuro, con cejas finas—. A lo mejor tienen barcas. Yo nunca he visto ninguna en el lago.

«No estaría mal largarnos remando», pensó.

El móvil de Erlendur empezó a sonar. Era Elínborg.

—Tendrías que volver por aquí —le dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Erlendur.

—Ven a ver esto. Es rarísimo. Nunca he visto nada parecido.

Se levantó, apagó las noticias de la tele y suspiró profundamente. Habían hablado extensamente del hallazgo de un esqueleto en el lago Kleifarvatn y habían entrevistado al comisario de la Policía Criminal, quien había asegurado que llevarían a cabo una exhaustiva investigación sobre el caso.

Se acercó a la ventana y miró hacia el mar. Vio en la acera a la pareja que pasaba todas las tardes enfrente de su casa, el hombre un poco adelantado, como siempre, la mujer intentando no quedar rezagada. Charlaban mientras caminaban, él hablaba hacia atrás por encima del hombro, y ella parloteaba a su espalda. Llevaban años pasando por delante de la casa, y ya hacía tiempo que no mostraban interés alguno por lo que les rodeaba. Antes, a veces, miraban hacia su casa y las otras edificaciones de la calle junto al mar, y a los jardines. En algunas ocasiones incluso se detenían para contemplar nuevos juegos para niños, o las reparaciones de vallas y terrazas. Daba igual el tiempo que hiciera, o incluso la estación del año, siempre daban su paseo por la tarde o ya al anochecer, siempre los dos juntos.

Miró hacia el mar y vio un gran barco de carga en el horizonte. El sol estaba aún alto, aunque ya era bastante tarde. Se acercaba la época más luminosa del año, antes de que los días empezaran de nuevo a ser más cortos hasta llegar a desaparecer. La primavera había sido preciosa. Había notado la presencia del primer chorlito delante de su casa a mediados de abril. Habían llegado acompañando a los vientos primaverales que soplaban desde Europa.

La primera vez que se embarcó era a finales de verano. En aquella época, los cargueros no eran tan inmensos y no llevaban contenedores. Recordaba a los marineros bajando a la bodega sacos de hasta cincuenta kilos. Recordaba sus historias de contrabandistas. Le conocían porque trabajaba en el puerto durante los veranos, y se divertían contándole cómo engañaban a los aduaneros. Algunas historias eran auténticas aventuras, aunque él sabía que no eran más que invenciones. Otras eran apasionantes y cargadas de emoción, y no tenían por qué ser inventadas. Y algunas de sus historias no se las contaron nunca. Aunque decían que estaban seguros de que no andaría él contándolas por ahí. ¡Él, un comunista que estudiaba bachillerato!

No, no andaría contándolas por ahí.

Miró hacia el televisor. Tuvo la sensación de que se había pasado toda la vida esperando aquella noticia.

Era socialista desde cuando podía recordar, al igual que toda su familia, tanto materna como paterna. No sabían qué era eso de ser apolítico y él había crecido odiando a los conservadores. Su padre había participado en el movimiento obrero desde los primeros decenios del siglo xx. En su casa se hablaba mucho de política, y se gestaba un odio profundo contra la presencia del ejército norteamericano en Keflavík, presencia que la pequeña clase capitalista islandesa aceptaba con pleno entusiasmo. Era la clase dominante islandesa la que se beneficiaba más de la presencia del ejército.

Luego estaba la gente entre la que se movía, sus amigos, de entornos parecidos al suyo. Podían ser muy radicales y algunos eran maestros de la elocuencia. Recordaba bien las asambleas. Recordaba la pasión. El

ardor de los que hacían uso de la palabra. Asistía a los mítines con sus colegas, que por aquel entonces empezaban a ser miembros activos en el movimiento juvenil del partido, y escuchaba a su jefe cuando pronunciaba encendidos y atronadores discursos contra el capital que explotaba a los proletarios, y contra el ejército norteamericano que los tenía a todos en el bolsillo. Todo lo que oía le conmovía, porque había sido educado como nacionalista islandés y como socialista del ala dura y sabía perfectamente lo que tenía que creer. Sabía que la verdad estaba de su lado.

En sus reuniones hablaban mucho del ejército norteamericano instalado en Keflavík, y de las triquiñuelas a las que había recurrido el capitalismo islandés para que los militares pudieran instalar una base en tierra islandesa. Sabía cómo habían vendido el país a los americanos para que los capitalistas islandeses pudieran engordar como cerdos con las sobras que les dejaran. Cuando no era más que un adolescente, estuvo en Austurvöllur el día en que los sicarios del gobierno salieron del edificio del Parlamento como una tromba, arrojando gases lacrimógenos y golpeando a los manifestantes con porras. ¡Los que venden el país son siervos del imperialismo norteamericano! ¡Estamos siendo pisoteados por las botas de los capitalistas yanquis! Los jóvenes socialistas tenían eslóganes de sobra.

Él también formaba parte del pueblo oprimido. Se sentía arrastrado por la pasión y la elocuencia de la justa idea de que todos han de ser iguales. El empresario tenía que trabajar en la fábrica al lado de sus obreros. ¡Fuera las desigualdades de clase! Creía en el socialismo con convicción y firmeza. Sentía en lo más profundo de su ser la necesidad de servir a la causa, de convencer a los demás

para que se unieran a ella, y de luchar por los que eran demasiado débiles para hacerlo por sí mismos, por los trabajadores y todos los oprimidos.

Arriba, parias de la tierra...

Participaba activamente en los debates de las reuniones, y se hacía con todas las lecturas del movimiento juvenil. Buscaba los libros en bibliotecas y librerías. Había de sobra. Quería que se le escuchara. Sabía en lo más profundo que su arma era la verdad. Muchas cosas de las que oía en el movimiento juvenil le inflamaban en un sentimiento de justicia.

Poco a poco fue aprendiendo las respuestas a las preguntas sobre el materialismo dialéctico, la guerra de clases como impulsora de la historia, sobre capital y proletariado, y cuanto más leía y más influido se veía por sus lecturas empezó a adornar sus propias palabras incluyendo aquí y allí expresiones al estilo de los pensadores revolucionarios. Al poco había adelantado a sus compañeros en su conocimiento del marxismo y en su elocuencia, hasta despertar el interés del jefe del movimiento juvenil. Era fundamental la elección de miembros de la dirección y la redacción de resoluciones, y le preguntaron si quería formar parte de la dirección. Por entonces estaba en tercero de bachillerato y tenía dieciocho años de edad. En el instituto habían fundado un comité de debate al que llamaban Bandera Roja. Su padre había decidido que él sería el único de los cuatro hermanos en hacer el bachillerato. Toda la vida le estuvo agradecido por ello.

A pesar de todo.

Las Juventudes eran muy activas, publicaban un boletín y realizaban frecuentes reuniones. El secretario general incluso había sido invitado a Moscú y había regresado lleno

de historias sobre el estado proletario. El desarrollo era espléndido. La gente era feliz en extremo. Tenían todo cuanto podían necesitar. Las cooperativas y la planificación económica prometían progresos superiores a todo lo conocido. La reconstrucción económica de la posguerra avanzaba superando todas las expectativas. Surgían industrias de las que el pueblo y la clase trabajadora eran propietarios y directores. Nuevos barrios residenciales surgían en los alrededores de la ciudad. Todos los servicios médicos eran gratuitos. Todo lo que habían leído, todo lo que habían oído, era cierto. Absolutamente cierto. ¡Qué tiempos!

Algunos otros habían viajado a la Unión Soviética y hablaban de una realidad diferente, menos positiva. Pero no tenían influencia alguna sobre los jóvenes militantes. Esos individuos eran heraldos del capitalismo. Habían traicionado a la causa, a la lucha por una sociedad más justa.

A las reuniones del comité de debate Bandera Roja asistía mucha gente, y consiguieron que cada vez fueran más los jóvenes que se inscribían en el movimiento. Fue elegido presidente de la asociación por unanimidad, y al poco empezó a despertar el interés de los cuadros superiores del Partido Socialista. En su último año de bachillerato, que concluyó con unas calificaciones excelentes, resultó evidente que tenía madera de futuro dirigente.

Se apartó de la ventana y se acercó a la fotografía de un grupo de estudiantes de su antigua clase que colgaba encima del piano. Miró los rostros bajo las gorras blancas. Los chicos con traje de chaqueta negro, las chicas con

falda. El sol brillaba sobre el edificio del instituto y deslumbraba sobre las gorras blancas de los estudiantes. Era el segundo mejor alumno del curso. A punto estuvo de ser el primero. Pasó la mano por la fotografía. Echaba de menos sus años de instituto. Echaba de menos la época en que sus convicciones eran tan fuertes que nada podía quebrantarlas.

El último año de bachillerato le ofrecieron empleo en el órgano de prensa del partido. Durante varios veranos había trabajado en la descarga de mercancías en el puerto, y allí había conocido a estibadores y marineros con quienes había mantenido largas conversaciones. Le llamaban «el comunista», y varios de ellos eran de lo más reaccionario que uno podía imaginarse. Estaba interesado en el periodismo y sabía que el periódico era uno de los elementos básicos del partido. Antes de empezar a trabajar en el diario, fue con el secretario del movimiento juvenil a visitar al vicepresidente del partido. Era un hombre flaquísimo y, cuando entraron en el despacho, estaba sentado en un sillón limpiando sus gafas con un pañuelo. Les habló de la instauración de un estado socialista en Islandia. Hablaba en voz baja y todo lo que decía era tan verdadero y tan justo que un escalofrío le recorrió la columna vertebral mientras devoraba cada palabra que le decía, sentado en el saloncito.

Era buen estudiante. Daba igual la asignatura que fuese, historia, matemáticas, no importaba. Lo que le entraba una sola vez en la cabeza, lo guardaba y podía recordarlo a voluntad cuando quisiera. Su memoria y sus dotes para el estudio le resultarían muy útiles en el periodismo, y aprendió muy deprisa. Trabajaba con rapidez y sus ideas

eran brillantes, podía hacer una larga entrevista sin tener que ir apuntando todo lo que oía, le bastaba con anotar unas cuantas frases. Sabía que el periodismo que practicaba no era imparcial, pero nadie hacía entonces otra cosa.

Al otoño siguiente quería entrar en la Universidad de Islandia, pero en el partido le pidieron que continuara trabajando en el periódico durante el invierno. No se lo pensó dos veces. A mediados de invierno, el vicepresidente lo convocó a una reunión en su casa. El Partido Comunista de Alemania Oriental invitaba a unos cuantos estudiantes islandeses a estudiar en la Universidad de Leipzig. Si aceptaba tendría que pagarse el viaje, pero allí le proporcionarían alojamiento y tendría cubiertos todos los demás gastos.

Deseaba ir a Europa Oriental o la Unión Soviética para ver con sus propios ojos la reconstrucción de la posguerra. Quería viajar y conocer gente y aprender idiomas. Quería conocer el socialismo en acción. En el último año de bachillerato había estado pensando en solicitar plaza en la Universidad de Moscú, y aún no se había decidido del todo cuando fue a ver al vicepresidente. Éste limpió las gafas con el pañuelo y dijo que estudiar en Leipzig sería una oportunidad única para conocer el funcionamiento de un estado comunista, para ver con sus propios ojos el socialismo real y para educarse con el objetivo de trabajar después para su país.

El vicepresidente se puso las gafas.

—Y por la causa —añadió—. Además, allí te lo pasarás muy bien. Leipzig es famosa por su historia, incluso es parte de la historia de nuestra cultura. Allí viajó Halldór Laxness para visitar a su amigo Jóhann Jónsson. Y los